

La cabeza de plástico



Ignacio Vidal-Folch

La cabeza de plástico.

Barcelona : Anagrama, 1999. pp. 79-95.

(Narrativas hispánicas; 258)

*Texto reproducido con la autorización de la
editorial Anagrama*

Diederik Lammers y Wagner comían flores de calabaza, minúsculas en los grandes círculos de loza blanca. En un minuto las habían despachado. Al aterciopelado claroscuro de la vela, entre paredes de cálida madera donde sus sombras se fundían con las de los comensales de otras mesas, la sonrisa del profesor resaltaba sus encantadores hoyuelos, y su rostro, coronado de rizos negros, devastador para las ánimas de sus alumnas, rejuvenecía y adquiría su característica expresión de fauno. Que no le reprochase ni concediese la menor importancia al hecho de figurar en la obra de Kasperle había sido un alivio para Wagner. Mientras se bebían los kir y se comían las flores éste le había ido contando las estériles gestiones y los percances del día, sin ocultarle su miedo al ridículo, su angustia, su fantasía de que a la vuelta de una esquina Kasperle le saliera al paso para que él le arrollase con su coche, ni el hecho de que todo aquello le estaba haciendo pensar en "replantearse cosas", según formuló vagamente.

— ¿Replantearse qué? —Lammers se puso serio—. ¿Estás pensando en dimitir? No has de replantearse nada. Vas muy bien y no hay vuelta de hoja.

El hábito de cenar juntos cada semana se había establecido años atrás, con el compromiso explícitamente formulado de que, dijese lo que dijese en torno al mantel, la prensa no sabría nada, y después de

los postres y el licor todas las palabras se desvanecerían en la humedad nocturna que les recibía al otro lado de la puerta del restaurante. A veces Wagner había pensado que aquel pacto era extraordinariamente práctico y sensato, y que le gustaría reproducirlo con alguna otra persona, reunirse de vez en cuando con alguien valioso y de cuya discreción pudiera fiarse. Pero ¿con quién? Cenar en círculos gremiales, con restauradores, conservadores, políticos, artistas, profesores o estudiantes, y manifestar allí su opinión, exhibir su inteligencia y avasallarles con sus conocimientos, eran gajes del oficio; pero ¿hablar con alguien en serio, a fondo? ¿Quién había que no resultase necio o solemnemente aburrido, que luego no fuera a jactarse de las confidencias que él le hiciese o que, después del primer plato, no fuera a pedirle un favor, una influencia en beneficio de algún sobrino, cuñado o yerno muy dotado para la pintura pero enfermizamente tímido e incapaz de moverse con soltura en sociedad? Lammers era de confianza, su amistad casi era cálida sin ser sentimental. Wagner envidiaba su sentido del humor, frívolo y ligeramente petulante, con un sutil, distinguido nihilismo (oh, casi imperceptible), y su facilidad para improvisar sentencias a la vez petulantes y autoirónicas; por ejemplo: "yo sólo me hablo con mis iguales; y como no hay nadie igual a mí, no me hablo con nadie".

– ...Trifulcas de aldea y heroísmos de almanaque, querido Wagner; el cantante en el pajar y el granuja de las moscas: simulacros de cuando los artistas eran verdaderos héroes porque de verdad se apostaban la vida a sus visiones. La Segunda Guerra Mundial acabó con eso. En cuanto a Kasperle, tú no vas a atropellarlo, entre otras cosas porque ya está muerto y putrefacto, como el arte mismo.

– Ah, ya me extrañaba no oírte entonar tu vieja canción. Pero a mí todo esto me está dando que pensar...

– ¡Por favor, si deberías estar encantado! En el fondo, que te espíen, incluso que se rían de ti, debería halagarte. Si el Telegraaf te insulta, jactate de esos insultos. Hay que llevar el escupitajo de un necio como una condecoración. Lo que a mí me parecería más bien ofensivo son esas alabanzas y esos halagos que continuamente te tributan los periódicos.

Wagner suspiró:

– Quizá a partir de ahora esos halagos empiecen a menguar.

– ... No hay síntoma más claro de que un hombre está acabado que el aplauso de la sociedad, antes llamada "canalla" —insistió Lammers, acunando su copa de vino.

– Me gustaría que me contradijesen, me discutiesen, me desautorizasen —explicó Wagner—. Me batiría en duelo encantado. Me gustaría polemizar como en otros tiempos. Pero no me gusta que me espíen, me llamen "filisteo" y me apuñalen por la espalda. Y menos un chico, un joven, que debería más bien ser mi aliado, porque yo siempre he apostado a favor del arte joven. Eso lo sabe todo el mundo.

Lammers decidió animar la cena:

– Mi querido amigo, te rogaría..., y sabes que te considero genial, el mejor prestidigitador en tu especialidad..., pero te rogaría que cuando te refieras a las cosas que estáis exhibiendo desde hace treinta años en esas funerarias que son los museos no mencionases los conceptos "artista" y "arte". Si entendemos como arte las obras que proporcionan satisfacción de las necesidades de armonía espiritual y estética, o que incorporan al mundo lo que yo llamaría "espacios de sentido", esas cosas nada tiene que ver con él.

Wagner entornó los ojos para que no se cruzasen con los de la linda camarera que les traía los segundos platos, unos peces insólitos, rarezas abisales de escamas plateadas, brillantes de aceite, con multitud de dientes en las bocas abiertas, que a la luz de la vela le parecieron trágicos como un Caravaggio; y los dos amigos, con reconcentrada gravedad, se aplicaron a la tarea de separar la blanca carne de las espinas.

– ¿De qué estábamos hablando? ¡Qué bien cocinan aquí!

– Está buenísimo. Enterrabas al arte muy profundamente.

– La muerte del Arte. —Lammers paladeó las cuatro palabras como un vino excepcional, antes de lanzarse a uno de sus didácticos monólogos—. Verás: tal como yo lo veo, una obra de arte es reconocible como tal en el preciso momento en que da pie a una transacción económica. ¡Hablo en serio! Hasta que el autor la vende, o sea, hasta el

momento en que alguien manifiesta un interés real por la obra, ésta no se ha mostrado, no ha superado el estado de mera posibilidad; y, como tú sabes, la única manera fiable de manifestar interés por algo, en nuestro mundo de incesante mercadeo, es pagar por ello, pagar, pagar; pagar buen dinero de curso legal; el dinero del que estás dispuesto a desprenderte: ésa es la prueba de fuego de la realidad de las cosas. Si al mendigo que te pide limosna no le das unas monedas, entonces, por mucho que le compadezcas y lamentos la injusticia y la dureza del mundo, e incluso si esa noche no duermes pensando en él, no puedes pretender que tienes buen corazón.

– Es una comparación ofensiva –dijo Wagner–. Aquí nadie pide limosna.

– ¿No?... Dejémoslo. A ver si te gusta más este otro ejemplo: un chico juega con lodo; y modela... una figura, la efigie contrahecha de su perro. No tiene ningún valor para nadie salvo para su emocionado papá. Pero si pasa por allí un señor, ve ese perro y encuentra en él algo sugestivo; le recuerda algo que no había hasta ahora encontrado su forma, una forma que quizá cree advertir en la cabeza contrahecha, las cuatro patas desiguales... y se la compra al niño... y se la lleva a su casa... y la exhibe en la repisa de la chimenea, como un enigma resuelto; y se la muestra a las visitas, a los amigos... ¿Entonces, qué? Entonces ese perro de barro ya no es el juguete de un niño. Es un objeto artístico. ¿Estamos de acuerdo?

– Lo admitiría –dijo Wagner–. Pero un interés que se manifiesta de manera no fiable, o incluso que no se manifiesta, no deja de ser real.

– En ese caso no pasaría de una forma embrionaria del interés, y nosotros no podemos estudiar ni valorar cosas en potencia, sino las cosas que se manifiestan, las cosas cumplidas. Querido amigo, me gustaría en esto ser todo lo claro y exacto que sea posible y que nos refiriésemos a los hechos, no a estado de ánimo y eventualidades. Ahora dime, Wagner: ¿quién adquiere el tipo de cosas que expones en el museo, esas piezas, obras e instalaciones sobre las que hablas en tus conferencias y escribes en las revistas?

– La gente las compra –dijo Wagner–. Acude a las exposiciones. Y paga la entrada, así que ya ves, su interés es fiable, por usar tus propios términos.

En la mesa vecina, el jefe de aduanas del puerto, hombre de elegantes y plateadas sienes, que se sentía eufórico porque aquella misma tarde, cerrando los ojos al paso de un contenedor procedente de Rusia, había ganado diez mil florines, y antes de salir a cenar aún había tenido tiempo para torturarse en el gimnasio, tomar una sauna y vestirse una muda limpia y planchada, le preguntó a su mujer: "¿Ese canoso del flequillo no es un político? Su cara me suena, creo que lo he visto en la televisión." Ella sonrió: "Tonto; es Jan Wagner. Un artista muy conocido. Debe de ser muy rico." Y siguieron comiendo.

– ... No, la gente no las compra –dijo Lammers–. Las compra el Estado, las corporaciones, los bancos y demás entidades y superestructuras desalmadas... No lo digo en sentido moral; entiéndeme: las llamo desalmadas porque, consagradas a la plusvalía y a la usura, carecen de alma y no atienden ningún interés remotamente humano, aunque precisamente cada una de esas entidades abstractas necesita y posee su propia colección de arte para modelarse un "rostro humano", o sea, un rostro interesado en las cosas que se hacen desinteresadamente y en las cosas sin interés.

A estas palabras Wagner manifestaba su escepticismo escupiendo espinas en la pala de pescado.

– Me dirás –le azuzó Lammers– que no son entidades abstractas quienes reúnen esas colecciones, sino hombres de carne y hueso: los funcionarios, ejecutivos, consejeros y especialistas de las fundaciones dotados de sensibilidad estética y acceso a los presupuestos. Y yo te objetaré que esos funcionarios no "pagan" la obra con dinero real, laboriosamente adquirido, sino con fondos de los que disponen gratuitamente, dinero y obra, pues, sin valor, aunque, naturalmente, tienen su precio. Lo cual anula el sentido de la transacción, que no pasa de ser una representación gratuita, objeto simbólico para una mascarada. Seguimos, pues, en el terreno de la virtualidad. Pero aun poniéndonos en el mejor de los casos, aun en el supuesto de que esas piezas fuesen objeto de una transacción real y honesta, aun en el supuesto de que hubieran despertado en el comprador, ese funcionario o ejecutivo de la casa de usura, un interés que no se manifiesta, dime, Wagner: ¿es a él a quien se dirigen esas obras? ¿Para quién se pintan esos cuadros, se instalan esas instalaciones tan aparatosas de tus Beuys..., Kelley, Nauman et alia?

– Para todo el mundo –respondió pacientemente Wagner–. Para las multitudes hambrientas de valor y sentido que hacen colas para contemplarlas cuando esas obras son donadas a los museos públicos...

– Me enterneces, amigo mío.

– Bueno, ríete si quieres, ahora soy yo el que está hablando en serio... Para los millones de aficionados que acuden a las grandes exposiciones. Que reservan sus entradas con meses de antelación. Que entran en el museo como en una fiesta, porque saben que allá dentro van a encontrar más belleza y verdad, más misterio y más realidad que casi en cualquier otro momento de su vida. Para ellos, para cada uno de ellos.

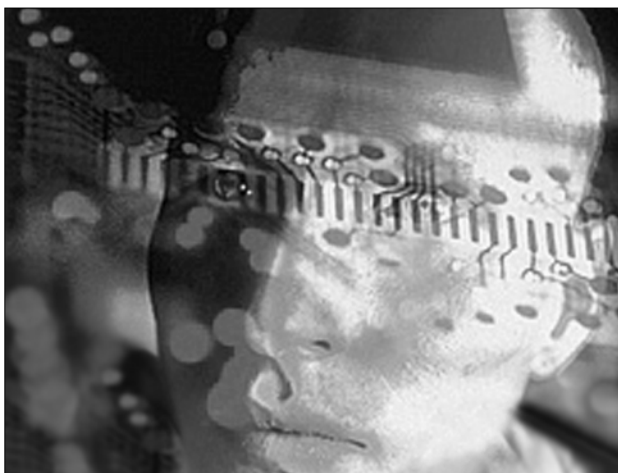
Un camarero recogió los platos con las cabezas y espinas de los monstruos marinos; el pastelero vio rechazado su carrito de tartas, frutas tropicales y fantasiosos helados, pero al bodeguero le aceptaron un aguardiente legendario.

– ¿De qué hablábamos? –dijo el profesor–. ¡Es delicioso este armagnac!

– De los que entran en el museo como en una fiesta.

– ¡Pareces un político en campaña! ¡Te veo a la puerta de Stedelijk, besando a los niños que entran! No, tú eres inteligente y no puedes creerte ese cuento de bonitas palabras. –Extrajo del bolsillo un cigarro, lo encendió en la vela, lanzó una bocanada de humo y, repantigándose, se quedó un instante contemplando la brasa–. Querido amigo, deberías fumar habanos. Lo más agradable de los puros, además de la encantadora regresión implícita en el hecho de chupar este simulacro de pezón, son los diez minutos últimos. La nicotina se acumula en la colilla y satura el humo, que a través de la sangre libera los neurotransmisores cerebrales para que rieguen de endorfinas todas las conexiones nerviosas... ¿No te encantaría encoger un día a tamaño microscópico, ser inyectado al interior de un cerebro y presenciar el derrame de las endorfinas?... Las cosas agudas pierden sus aristas y se redondean placenteramente. Así podemos pronunciar sin sonrojarnos palabras como belleza, verdad, prodigio, misterio... pero tú no fumas, así que tu devoción democrática es de un cinismo intolerable, porque sabes tan bien como yo que a esos infelices los puedes llevar a emocionarse y disfrutar en los museos con lo que a ti te dé la gana, de igual forma que otros los llevan a misa, a los estadios de fútbol, a las urnas comiciales o a las trincheras, con entusiasmo tan genuino, y tan inducido, como el de esos aficionados al arte de que me hablas. Aficionados que, permite que te lo diga, no son exactamente como tú los pintas.

– ¿Y cómo lo sabes, Diederik, si tú nunca visitas los museos?



– A veces lo hago. A escondidas. Qué quieres, uno tiene sus debilidades. A veces, arrastrado por una nostalgia, por un atavismo, me visto de luto y voy a presentar mi pésame. ¡Pero no contemplo los cuadros, observo a la gente! Y encuentro allí a jóvenes desorientados, tratando de cultivar su espíritu para disponer de un plus cultural el día que tengan que seducir a una chica u optar a un puesto de trabajo; y a familias ofuscadas y con los pies doloridos; los padres preferirían estar en casa, ellos bebiendo una cerveza ante el televisor, ellas cocinando y hablando por teléfono, pero tienen que permanecer allí para educar a los críos, que a su vez preferirían estar jugando a fútbol o viviseccionando ranas junto al estanque que hay a las afueras del pueblo, detrás de la casa donde viven una vieja bruja y un oligofrénico la mar de curioso... y allí sí encontrarían belleza, prodigio, misterio y verdad. Pero cuando tú y los sabios comisarios como tú, y, por qué no aceptarlo, los profesores como yo, les decimos: "Venerad

esta mamarrachada, familias, venerad esta plancha de madera ondulada, esta escoba, porque la ha mirado un artista y mirarla os mejorará, os depurará", ellos la venerarán con la misma unción beata con que en el servicio militar besarán un trapo de colores.

– El estanque del oligofrénico... –dijo Wagner. Si Lammers estuviera en lo cierto la ofensa de Kasperle no tendría la menor importancia. Ellos y él, y sus amigos, y sus adversarios, serían personajes de una farsa sin trascendencia. Reconfortado por la caricia ardiente del armagnac, se sorprendió distanciándose de sí mismo y aceptando que el Retrato de Cees Wagner le parecía una obra ingeniosa, brutal, pero llena de verdad y humor—. Vamos, vamos todos, y yo el primero, a torturar ranas junto al estanque...

– Me conmueve y maravilla ese interés tuyo por la gente, querido amigo. Pero ahora apartemos de nosotros a todas esas buenas gentes tuyas, ¿quieres? Al fin y al cabo no es para ellos para quien actúa el teatro del arte –prosiguió Lammers con alegría. El puro en la boca le daba una expresión de bellaco refinado, y cuando lo dejaba en el cenicero y, empujado por su propia elocuencia, se inclinaba hacia su amigo acentuando la sonrisa, parecía más que nunca un fauno en el momento de atrapar a la ninfa más gordita—. Te voy a contar un secreto, Wagner: ellos son sólo la excusa, los figurantes, el ejército de soldados de terracota en la tumba de Qin Shi Huangdi. Los que proporcionan el estado de carencia y de envidia, y el sentimiento de asombrosa inferioridad que es lo que hace que el hecho de comprar esos bultos con escobas y... violines clavados en persianas metálicas... y pedruscos esparcidos con estudiado desorden sobre el enlosado de mármol rosa de Palazzo Grassi... y tubos de neón más apropiados para anunciar pescado y patatas fritas en un kiosco del barrio chino..., en fin, toda esa pacotilla, resulte trascendente para tus artistas y codiciable para sus verdaderos clientes: los ricos, los banqueros, los reyes del neumático y del pollo asado, los actores de Hollywood, los modistos con complejos, todos esos acaparadores de moneda falsa, esos monederos con patas. ¡Para ellos trabajan con dolor tus pintamonas! ¡Para ellos se rascan sus llagas a ver qué encuentran dentro! ¡Para ellos se suicidan! ¡A ellos se dirigen, con plena conciencia cínica, o con patética candidez! Y naturalmente, dirigiéndose a ellos, como pavos reales a los dueños del jardín, ¿qué maravillas realizarán? ¿Qué plumas les van a mostrar? Las que esos..., esos patanes consideren más pertinentes para decorar sus jardines, las nulidades para decorar el espacio vital de la trivialidad. Y si no aciertan a entenderse, que es lo más frecuente porque la transacción se produce entre dos especies diferentes y las negociaciones se siguen en jergas igualmente irracionales, pero incompatibles, no hay problema, para eso tú y yo, los mamporreros del arte, les explicaremos cómo llegar a un acuerdo en que los dos salgan ganando, y nosotros con ellos.

– Algo de eso hay –concedió Wagner, que, pensando en Kasperle, no había escuchado atentamente– y siempre es un placer escucharte, Diederik. Pero fíjate, para disparar contra el arte contemporáneo has tenido que bombardear el mundo entero. Y el mundo sigue rodando, rodando. Tú no parece comprender algo fundamental, algo tan sencillo: mientras exista la humanidad, habrá energía creativa y la imperiosa necesidad de imaginar variaciones para lo que nos ha sido dado. Y una parte sustancial de esa energía se dirigirá a la representación y se plasmará en arte. Éste, como cualquiera de las actividades humanas, está sujeto a ciclos y vive épocas de esplendor y también épocas de vacas flacas. Si te empeñas, admitiré, para complacerte, que nos ha tocado vivir una mala época, aunque para juzgar una época lo que se necesita es precisamente que haya pasado el tiempo; pero desde luego esas "escobas" y esos pedruscos y persianas que tanta risa te dan son las formas de nuestro tiempo, y quienes las conciben son los artistas de nuestro tiempo. Dale la espalda si no te interesan, pero deja de gritarles que no están yendo a ninguna parte y de maravillarte porque, a pesar de tus voces, no te hagan caso. En cuanto a los compradores, ya te he dicho que no son todos reyes del neumático. Podría darte ejemplos...

El profesor Lammers tenía respuesta a eso:

– Para el rey del neumático y la oficina del ministro, la pieza monumental. Para los que aspiran a serlo también tenemos algo, no faltaría más: unos "pequeños formatos" muy monos, unas cuantas xilografías y grabados, migajas seriadas del gran pastel y obras interesantes de jóvenes que empiezan...

Wagner torció el gesto; la demagogia de Lammers, que tanto le divertía en otras cenas, le estaba empezando a irritar.

– Mi querido amigo, pensando como piensas no comprendo que no renuncies a tu cátedra de estética.

El profesor lanzó una suave carcajada. Qué hombre tan atractivo y apasionado, pensaba una mujer que cenaba sola en una mesita frente a él. Acababa de quedarse viuda, prolongaba las veladas en los restaurantes esperando que algo le sucediese y se pasaba las noches despierta en la cama, imaginando que llamaban a la puerta, abría, y era su marido.

– Ten por seguro que si pudiese ejercer un oficio honesto, cambiaría inmediatamente a él –dijo Lammers–. Pero ya no hay oficios honestos. O por lo menos no los hay que me permitan vivir decentemente y pagarme cuatro cosas sin las que la vida me resultaría insoportable, entre ellas cenar de vez en cuando contigo. Todos consisten en vender bisutería a precio de auténticas gemas. Así que asumo mis contradicciones, y sigo adelante.

En cambio, el albino parece un cerdo en el espetón, chorreando grasa, pensó la viuda. Pues, en efecto, a causa del calor en el restaurante y de los alimentos y alcoholes ingeridos, Wagner sudaba copiosamente. Notaba la camisa pegada al cuerpo, se sentía incómodo y sucio, empapado en su propio jugo, y por eso dijo:

– He leído ese artículo tuyo sobre las esculturas de Damien Hirst en la Royal Academy. Te escandalizabas como una maestrilla...

– Perdona, no me escandalizaba. No me escandalizaba, me reía –puntualizó el profesor–. Mejor dicho: me reía tristemente.

– ... y tuviste que tomar un taxi que te alejase de allí y te llevase al Museo de Artes Decorativas para contemplar una exposición de Rothko que te serenó, ¿no era eso lo que escribías?

– Marcus Rothkovitz, sus manchas son la "última explosión cegadora de la luz antes del apagón general: la luz del hongo atómico". Y disculpa que me autocite.

– No me parece afortunada la alusión a Hiroshima –dijo Wagner, que se enervaba por momentos–. ¿Sabes, mi querido amigo, por qué te gusta la pintura de Rothko?

– Adelante. Explicame.

– Precisamente porque se suicidó. Porque ya es historia. Y qué bonita historia, con su presentación, su nudo y su desenlace. Pero si ahora viviese un nuevo Rothko, no lo verías ni aunque te estuviera embadurnando de color las gafas... Vosotros...

(Oh, Kasperle no, ni hablar, sólo ha acertado una vez por casualidad, no vi en su estudio indicio de nada, sólo las previsibles chapuzas.)

– ... Vosotros los intelectuales de izquierdas (porque a los de derechas no los tomo siquiera en consideración), los columnistas sutiles de los periódicos, los novelistas exquisitos con succès d'estime, un éxito de ventas no, por favor: sería una ordinareiz o un malentendido..., vosotros los profesores de estética en las facultades de sociología, y de filosofía en las de economía, caballeros sensibles, cultivados, razonables, conformáis la nueva Academia, vosotros los burgueses rancios del año dos mil. Sois doctos en historia del arte, y ciegos, sordos y mudos al arte vivo...

Notó en la expresión burlona y alarmada de su amigo que se estaba exaltando, alzó la copa y sonrió:

– Brindo por tus desafortunados alumnos.

– Oh, yo les abro los ojos. –Lammers levantó su copa–. Les hablo del arte como de un glorioso vestigio del pasado, como de una lengua muerta. Pero no te preocupes por ellos: no me creen, todos se empeñan en ser Picasso...

– A partir de ahora lo van a tener más fácil –explicó Wagner–. Estoy preparando un decreto para la ministra que cancelará la ley de becas BKR.

Se refería a la ley, única en el mundo, que Lammers definía como "el feliz y significativo acuerdo entre el burócrata y el artista", por la que todo ciudadano holandés, licenciado en Bellas Artes, que se dedicase exclusivamente a la creación tenía derecho a que el Estado le comprase una o más obras al mes, a precios variables según sus necesidades económicas.

El objetivo de la ley era asegurar la manutención de los artistas sin que tuvieran que dispersar su talento en trabajos alimenticios; a cambio, el Estado se dotaba con pinturas y esculturas para decorar sus oficinas administrativas y salones; pinturas y esculturas que, según habían calculado los expertos, con el tiempo cotizarían en el mercado y permitirían recuperar parte de la inversión.

- Cuando se promulgó esa ley –dijo Wagner–, no se previó el increíble auge de los estudios de Bellas Artes. Resulta que hay demasiados aspirantes a creador. Desde hace un año, los almacenes, las naves industriales y los guardamuebles repartidos por todo el país están llenos de cuadros, rebosan de objetos artísticos. En ellos ya no cabe ni una aguja.
 - ¡Un problema de superabundancia de excedentes de stocks artísticos! –Una risa homérica sacudía al profesor Lammers–. ¡Ay! ¡Algo así sólo podía pasar en este país!
 - La primera disposición del decreto –prosiguió Wagner– estipula que el Estado cesa en la compra indiscriminada de obras de arte. Los siguientes artículos se ocupan de las obras ya almacenadas.
 - ¡Si conservásemos nuestras colonias en ultramar, ahora podríamos enviarlas allí! ¡A la Guayana!
 - Los autores tienen derecho a recuperarlas –explicó Wagner, sonriendo también–. Pasados tres meses desde la publicación del decreto, las obras que nadie reclame serán puestas a la venta pública, al precio de un florín. Y, de éstas, las que nadie compre serán incineradas.
 - ¿En el tanatorio municipal? Es demasiado soberbio –decía Lammers, alzando las gafas y secándose las lágrimas con la servilleta–, es fantástico, es delicioso como... este armagnac.
 - Sabía que la noticia te iba a encantar. En cambio, la ministra teme que destruir los cuadros resulte una medida impopular.
 - ¿Impopular? –logró articular el profesor, entre dos carcajadas– ¡Votaré a esa estúpida ministra cada cuatro años y hasta que me muera! –Se aflojó la corbata, no podía parar de reír, agitó la servilleta en señal de rendición–. Pero... escucha, Wagner..., atención al abrir esos almacenes, esos depósitos..., cuidado al romper los sellos tras los que descansan tantos sueños de juventud, los delirios ególatras, las secreciones al óleo de tantos jovencitos en plena tormenta hormonal y colapso emocional..., puede haberse producido algún tipo de radiactividad...
- Wagner no se dio cuenta de que la mano con la servilleta permanecía suspendida en el aire y de que la risa de Lammers se trocaba en una mueca de dolor. Dijo:
- Tú, Diederik, que tanto te complaces en profetizar la muerte del arte...
 - La... muerte...
 - Oye, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¡Diederik!

La mano con la servilleta cayó pesadamente sobre la mesa, derribó una copa y el licor dibujó un garabato oscuro sobre el mantel. Y la hermosa cabeza de Lammers, deformada por una mueca de angustia y dolor, y tan blanca y desprovista de vida como la servilleta, también se desplomó sobre el mantel.

Desde todas las mesas se alzaron manos y voces nerviosas reclamando la cuenta. El comedor estaba vacío cuando llegó la ambulancia para trasladar al enfermo al Amsterdams Medisch Centrum. Allí, tras un conciliábulo de doctores enmascarados, se le sometió a una operación quirúrgica a vida o muerte.